María Aurora García Martín

PREGÓN

de la

PONTIFICIA, REAL E ILUSTRE HERMANDAD SACRAMENTAL
DE SANTIAGO APÓSTOL, Y
COFRADIA DE NUESTRO PADRE JESUS DE LOS REMEDIOS
Y NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD

CASTILLEJA DE LA CUESTA
19 DE MARZO DE 2009

PRESENTACION

CÉSAR JOSÉ DÍAZ FEO

María Aurora García Martín nace en León, cuando se va una primavera fría y aún no ha llegado el frío verano del norte. Ella es para vosotros Aurora. A mi me vais a permitir que la llame María, Aurora sólo habrá una. Ese será, hoy, mi privilegio.

María nace, pues, en León, la ciudad de mi familia, de mi infancia. Una ciudad románica y gótica, isabelina y modernista, que no moderna, donde te puedes aislar del tiempo y del espacio para disfrutar de lo mejor que tiene la vida: los amigos. Los mejores amigos, esa familia que vas adquiriendo tú mismo a lo largo del tiempo. Algunos de ellos están hoy aquí con nosotros. Muchas gracias por venir.

Primogénita de la pareja perfecta, María crece feliz entre música culta y popular. La música, la profesión de su padre. Esa música, que le dio la sensibilidad para sentir aquello que años más tarde ha sido su pasión de su vida: la Semana Santa.

Por aquel entonces, la Semana Santa de León era una foto en negro y morado. Los colores de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno. Una Cofradía con 4.500 hermanos, con 12 pasos, con una tradición de 4 siglos. Los colores de mi cofradía. Una Semana Santa de dolor y pasión, de muerte y tristeza, de nazarenos y crucificados. Una Semana Santa sin Esperanza, fría como el clima, dura como el paisaje y austera como el carácter de los hombres de la tierra. Una Semana Santa sin la presencia de una mujer, de una Madre, que con solo evocar su Dulce Nombre, llene de calor la noche fría que es nuestra conciencia.

María va conociendo esa Semana Santa de su niñez. De la mano de su padre ve pasar Angeles, Judas, Pilatos, Cirineos, Verónicas, Magdalenas, Dimas y Gestas, tal cual como en la vida. Les ve pasar arriba y abajo por las Carbajalas y los Castañones, entre las Clarisas y las Concepciones, por delante de Santo Domingo y de San Marcelo, a la puerta de un Teatro y de un Hospicio.

Y de la mano de su padre, Ricardo, María se va haciendo mayor. A María ya no le gusta la Semana Santa; María ya es la Semana Santa. Porque la Semana Santa está formada por miles, millones de pequeños o grandes actos de gente, la mayoría anónima, que a lo largo de siglos, no se ha conformado con mirar, sino que ha decidido ponerse manos a la obra y actuar para crear; sobre todo para crear sentimientos.

Cuando alguien, no se sabe quien, allá por el siglo XVI, talla la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, que hoy nos ilumina, estaba haciendo, quizás sin saberlo, la Semana Santa. Pero también hace Semana Santa el costalero que la mece año tras año, sin relevos, calle arriba y calle abajo por las calles de este pueblo en Cuesta. Y ese niño que sale por primera vez con la cruz de Santiago en el pecho pensando que es un juego cuando la verdad es que está creando, de nuevo, el futuro de todo. Y también hace Semana Santa, quizás la que más, esa madre que se agarra a los respiraderos llorando con una faja en las manos; la de su hijo muerto.

María, casi una niña, no más que una adolescente, decide hacer Semana Santa. Esta aburrida de mirar sin participar. Su decisión es revolucionaria. Decide incorporar la Esperanza a la Semana Santa de León. A partir de ese momento el color verde acompañará al negro para completar lo que estaba incompleto. Las Mujeres, sí, las mujeres de León podrán salir de su retiro de mantillas, velas, manolas, bacalao y silencio para poder gritar a los cuatro vientos que la Esperanza de la Redención existe.

María crea, ayudada por su Padre, un visionario moderno, creador, artista, encantador, la Cofradía de María del Dulce Nombre. Una Cofradía solo para mujeres, con el sabor y la tradición de las cofradías leonesas pero con un aire nuevo: el que trae las ganas de hacer las cosas mejor, de superar ideas rancias.

Su éxito fue arrollador. Hoy la Cofradía del Dulce Nombre esta formada por 2.000 mujeres y llena el Jueves Santo de León de una Sonrisa de Mujer, ausente entre nosotros durante más de 400 años.

María busca la perfección. Y encuentra a Jose. Jose Casado. Mi compadre, mi amigo, mi compañero de viajes y emociones año tras año, infatigable. Jose, el hombre que cambió mi vida. Y por supuesto la de María.



Con Jose, María descubre el Sur, Sevilla, la Semana Santa de Sevilla. Descubre una Madre que llora y sonríe a un tiempo detrás de un hijo sentenciado a muerte; que la mejor palabra de fe y redención se dice en Silencio; que puedes encontrar la Aurora del día más luminoso del año en lo más profundo de la noche, que los mudos hablan para anunciar la Esperanza en una vida mejor, que en el Amor del Salvador esta el Socorro de todos los males, que el color de la Amargura no es de un negro profundo.

María, empieza un camino hacia el cambio definitivo. Viaje tras viaje, ave tras ave, María se aleja de León y se acerca a Sevilla. En cada uno de esos viajes que se suceden durante años María se lleva algo de Sevilla para León. Un día es el incienso de Chisvert, otro día cirios de la cerería del Salvador, otro capirotes de Molina, al siguiente torrijas de La Reja, cordones de La Casa de Nazareno, Orfebrería de los Hnos. Duran. La mejor artesanía religiosa sevillana encuentra en León acogida y asombro de su mano.

Hasta que encuentra una virgen de ojos verdes. En el barrio de la Feria. Y se la lleva para León. Desde el año 1.995 una madre llegada del sur ilumina las noches del Jueves Santo en su radiante paso de palio sevillano para anunciar que el drama que se producirá al amanecer del día siguiente es pasajero. Que la muerte será superada por la Resurrección. Es la Virgen del Dulce Nombre. Una sevillana en León. Como María misma, una leonesa en Sevilla.

Porque María se viene a vivir al Sur. Con Jose y con sus dos hijos, mis ahijados adorados. León se queda pequeño. Ya ha hecho todo lo que tenía que hacer. Deja en León el aroma de un recuerdo y parte buscando. Encuentra un nuevo trabajo. Una nueva casa. Un nuevo jefe. Una nueva vida. Nuevas ilusiones, en fin.

Así encuentra Castilleja. Y dentro, una Plaza, y dentro de la plaza una iglesia, con un Santiago que evoca San Marcelo; y dentro de la iglesia una Virgen. Que le dice… Quédate conmigo!!!!

Pero sobre todo os encuentra a vosotros, soleanos que estáis aquí reunidos.

Con vosotros ha recuperado el calor, la pasión. Una vida fértil y creadora. Prepararos porque ha venido para quedarse!!!!

Hasta que un día, aún muy muy lejano, María se irá, de viaje. Se irá entre el calor del sur y el de su gente.

Cuando llegue, saldremos todos a recibirla. Primero Ricardo y Aurora. De nuevo guapos y jovenes y alegres. Como en una comida en los días felices de Leonor de Guzmán.

Vendrá resplandeciente, vestida de rojo y de blanco. Rodeada del Amor de Dios. La llevará en volandas el Socorro de su Madre.

Yo también estaré allí, con Richi, con Vicente Canuria, con todos los que habremos llegado antes que ella. La llamaremos: «Aurora, Aurora!!»

Nos mirará sonriendo y nos dirá: «No me llaméis Aurora, decidme Soledad»

Y se volverá para quedarse, ahora sí, para siempre aquí, con Jose, siempre Jose, con María y con David y con todos vosotros, que ahora sois su gente. Y ese es hoy vuestro privilegio. SOLEANOS!!!!

..... Les dejo con ella.

INTRODUCCION

Me Llamaste desde lejos,
Tu voz resonaba en mi mente.

Me llamaste desde lejos,
¿Dónde estas? Te preguntaba.

Me llamaste desde lejos,
¿Qué es lo que en mi buscabas?
¿Qué es lo que de mi deseabas?

Fue una mañana de primavera recién estrenada.

Fue una mañana de azahares renacientes.

Fue una mañana de sol refulgente.

Entre y en la oscuridad del altar, una Madre llena de amor, con ternura, sostenía entre sus manos las sienes del fruto de su vientre, dormido en el sueño eterno.

Mis ojos se cruzaron con los suyos, esa tierna mirada que penetra hasta lo más hondo, se clavo en mi, sin dejar que pudiese apartarme.

¡Has venido! Me susurraba una voz retumbando en mis adentros.

¿Eras tú quien me llamaba? Eras tú mi SOLEDAD, quien me había estado buscando. 1000 Km. nos separaban, pero era el destino el que nos unía.

Eras tú mi SOLEDAD, quien me había estado llamando.

Eras tú mi SOLEDAD, quien iba a cubrir el vacío que la distancia con MI DULCE NOMBRE dejaba.

MADRE eras tú, siempre eres tú.

MARÍA guía de nuestros destinos,
MARÍA ejemplo de cómo vivir la vida,
MARÍA persistente,
MARÍA compasiva,
MARÍA la que todo lo da por amor,
MARÍA la que nunca abandono,
MARÍA la que no se resignó.

MARÍA, MARÍA, MARÍA, siempre MARÍA, que más da como te llamemos, que más da como te recemos, DULCE NOMBRE, AMARGURA, SOCORRO, CANDELARIA, SOLEDAD, esos son solo los calificativos que acompañan tu existir. MARÍA eres las madre eres la maestra, eres la que nos enseño que no hay nada más grande que el amor, que tu amor tu amor por tu Hijo, tu amor por el Padre, tu amor por nosotros.

MARÍA, MADRE DE LA SOLEDAD, me llamaste y respondí,
MARÍA MADRE DE LA SOLEDAD, aquí estoy ante tí,
MARÍA MADRE DE LA SOLEDAD, aquí estoy para contarte,
MARÍA MADRE DE LA SOLEDAD, aquí estoy para loarte.

Y hoy aquí postrada ante tus plantas, MARÍA MADRE DE LA SOLEDAD, déjame convertirte en el centro de mi vida, para que al igual que le cantara a mi MARÍA DEL DULCE NOMBRE, pueda decirte:

SOLEDAD TU SERÁS MI VIDA
TE DARÉ MI VIDA
Y MORIRÉ SIENDO TÚ MI VIDA.

PRESENTACION

Rvdo. Sr. Cura Párroco y Director Espiritual de esta Hermandad, D. Baldomero Delgado Pérez; Excmo. Sr. Alcalde-Presidente de Castilleja de la Cuesta D. Manuel Benítez Ortiz; Excmos. Srs. Miembros de la Corporación Municipal de Castilleja de la Cuesta; Presidente y representantes de la Asociación Parroquial Nuestra Señora de los Ángeles; Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Pontificia, Real e Ilustre Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de los Remedios en el Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad; Presidente y Junta Directiva del Grupo Joven de esta Hermandad, Hermanos de la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad de León, Placeños, Papones, amigos todos:

Antes de comenzar a desglosar la prosa de mi parlamento, quiero dar las gracias a todos los que han hecho posible que hoy este aquí.

En primer lugar, y por ser fiel a la cronología que ha permitido tal hecho, a Fernando Contreras, gran amigo de los que no importa la distancia para considerarlo y sentirlo amigo. Mucho ha llovido desde aquel 19 de Marzo de 1993, curiosamente hoy se cumplen dieciséis años, (y otra vez en mi vida surge el día de San José para marcarla) cuando le conocí detrás de una corneta allá por tierras leonesas. Desde entonces con mayor o menor frecuencia hemos mantenido una preciosa relación de amistad. Fernando, gracias por enseñarme que en Castilleja había una hermandad de las de solera, y que ESA HERMANDAD le daba culto a Ella. Gracias, Soleano, por hacerme Soleana.

Gracias también a todos los que me acogisteis, me nombrasteis miembro de vuestra familia, me hicisteis participes de vuestra vida, a los que convirtieron a aquellos «Papones Leoneses» en auténticos hermanos de la Plaza, a todos los que nos enseñasteis el significado de ser Placeño. Gracias Pepe, Rocío, Paco, Antonio, Diego, Carmen, José Antonio, Mati, Manuel (ya sabes que el Señor de los Remedios remediará todo, y tu Soledad jamás te dejará Solo). Gracias a todos los que me habéis ayudado a conocer esta Hermandad, con letras mayúsculas de HERMANDAD.

Y fundamentalmente gracias a ti, Diego, porque una noche de octubre, a sus pies, me hiciste el mayor regalo que alguien puede recibir. Me diste el honor de poder ser yo quien loase a la Soledad, quien meciese con mis palabras al Señor de los Remedios, quien gritase al mundo que ser Placeño es un sentimiento que brota en el corazón, que surge mirándola fijamente a los ojos y te convierte para siempre en «Colorao».

Por último, quiero darle las gracias a César, no solo por sus palabras, sino sobre todo por estar aquí. Por estar siempre. En las alegrías y en las tristezas. Sabes que mi Padre moría contigo, que Jose iría al fin del mundo si tú fueras, y que yo siempre estaré donde tú necesites que este. Eres mi compadre y mi amigo fiel. Cuando te pedí que hoy fueses tú quien me presentaras, no lo pensaste ni un solo segundo, simplemente tu respuesta fue «Ya sabes que yo hago lo que tú me pidas».

Muchos de los que aquí se encuentran quizá no te conozcan, quizá no sepan que todo lo que sé sobre la Semana Santa, tanto de aquí como de allí, lo aprendí con Jose y contigo. Como ya escribí una vez «Juntos los tres aprendimos a abrazar la fe verdadera».

Quizás la mayoría de los que aquí se encuentran no sepan que eres fiel hermano, nazareno y penitente del Amor, del Señor de Sevilla, del Silencio, de los Servitas, además de Triana, Santa Cruz, incluso de Madre de Dios del Rosario, patrona de capataces y costaleros. Pero sobre todo nunca dejarás de ser hermano del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, la cofradía señera de la capital leonesa.

Quizás muchos desconozcan que allá por el año 95, «El Babayo Leonés» escribió uno de los libros más concretos y completos que hay acerca de las Hermandades de Sevilla. En fin César gracias por todo, gracias por estar aquí.

Os preguntaréis que hace una Forastera como yo dando un Pregón tan importante como es el de «La Soledad de Castilleja» (en realidad yo también me lo pregunto).

Hoy, me presento ante vosotros llena de humildad, con la única intención de describiros los sentimientos que la sola contemplación de Nuestra Madre de la Soledad y de su hijo el Señor de los Remedios, fluyen en mi corazón y en el de las personas que me rodean y forman parte de esta Hermandad.

No vais a descubrir en mi pregón grandes alardes de poesía. Ya me gustaría a mí poder escribir los versos que Pepe Delgado le dedicase a la Soledad, pero mi pluma es ágil solo con la prosa. Debe ser que los fríos del norte no nos dejan ver la temprana primavera, esa que hace que las musas de la poesía afloren en quienes la contemplan.

Los retazos de las historias que conforman mi pregón, están escritos desde el más profundo de los respetos a todas y cada una de las personas que forman parte de esta grandiosa hermandad.

La mayoría de los pregones reflejan las experiencias y los sentimientos propios del pregonero, sus vivencias a lo largo de los años en la hermandad, sus recuerdos de la infancia, sus nostalgias, sus añorados predecesores. Yo he querido reflejar los sentimientos que vosotros, los Hermanos de la Plaza, me habéis ido transmitiendo desde el día en que me dijisteis «Esta es tu Casa».

He derramado las letras de vuestros corazones, he querido que muchos placeños anónimos puedan sentirse reflejados en mis palabras. Solamente he pretendido devolveros en prosa todo lo que me habéis entregado en verso.

Antes de comenzar quisiera tener un recuerdo muy especial para quienes hoy escucharán mis palabras desde el lugar más privilegiado de todos. Junto a Ellos, a su derecha y a su izquierda, siempre amparando el camino de mi vida. Sé que hoy mi Padre y mi Madre gozan de sus ojos. La primera vez que mi Madre vio a la Soledad, quedaron tan prendidas la una de la otra que tuvieron que fundirse en una sola. Por eso se que hoy esta mirándome a través de sus ojos. Más presentes que nunca en mi corazón y en mi alma, como regalo en el día en que hubiesen celebrado sus 40 años de casados, les dedico a ellos este Pregón.

SER PLACEÑO

Un día alguien me devolvió una pregunta: ¿Forastera tu sabes que es ser de la Plaza?

Ser de la Plaza es un sentimiento, es una devoción, es una sensación, que hace correr por tus venas cientos de litros de sangre, por supuesto colorá.

Ser de la Plaza es amar sobre todas las cosas a la Rosa más Hermosa. Es vibrar con la mirada de la Soledad.

Ser de la Plaza es postrarse ante el Señor de los Remedios y rendirse a su dulzura y estremecerse en su silencio.

Pero ser de la Plaza también es sentirse cohetero cada veinticuatro de diciembre, celebrando el nacimiento de Nuestro Señor; y cada Domingo de Resurrección, cuando el Pueblo entero atestigua que el Señor resucita en su iglesia y en su Plaza, en el centro del recinto amurallado, esencia pura de Castilleja.

Y cada día de su grandiosa «velá», por qué ser de la Plaza es rendir honores al Patrón y Titular de la Hermandad, a Santiago el Mayor. Aquel que por el siglo IX se apareciese al Rey Ramiro I de León y Asturias, para ayudarle en la Batalla de Clavijo, cuando este se negó a pagar a los moros «el tributo de las cien doncellas», tributo que allá por mis tierras sigue conmemorándose cada final de septiembre, con una preciosa tradición denominada «las Cantaderas». Tras ganar aquella batalla gracias a la intervención divina del Apóstol, se funda la «Orden de Santiago».

Será siglos mas más tarde, cuando Enrique de Trastamara, (por cierto hijo de Leonor de Guzmán nombre de la calle donde nací y viví prácticamente toda mi juventud) tras vencer en la guerra fratricida que mantiene con Pedro I el cruel por el trono de León y Castilla, quien done a la citada Orden de Santiago los territorios de Castilleja para que los repueblen.

Desde entonces esta Plaza rinde pleitesía a su Patrón, y esta su Hermandad le dedica cada año por julio al Santo sus mejores festejos, iluminando el cielo de cohetes rojos y blancos.

Ser de la Plaza es cubrirse el rostro en terciopelo negro o en raso rojo, o colgarse la medalla y llenarla de vivas, o seguirle despacito y en silencio rogándole Remedio.

Ser de la Plaza es vivir, es sentir, es amar, es disfrutar, es rogar, es vitorear, es soñar.

Es soñar con tardes frías de invierno, con una Virgen que despacito camina entre el lentisco asumiendo su misión, contribuyendo a la redención.

Es soñar con una mañana gloriosa de regalos y sorpresas infantiles, con besar la mano de la Reina, con ver al Rey chiquito entre sus manos.

Es soñar con primaveras, con altares de Septenarios, con Besamanos, con Besapiés, con Vía Crucis en silencio, con postrarnos ante El.

Es soñar con cada Viernes Santo, con Ella y con El, en sus altares paseando por la carretera, cruzando su arco siendo ellos La Reina y El Rey.

Es soñar con la mañana del Domingo, con la Gloria de la Pascua, con una Carreta de Plata.

Es soñar en Mayo con su Cruz y el julio con Santiago, y soñar con sus gentes y disfrutar con los Hermanos.

Ser de la Plaza te permite poder soñar, poder soñar con todo.

Pero hay algo que tengo claro y no necesito soñar.

Solo hay un sito donde se puede dar,
En la plaza y en esta hermandad,
Porque no necesito recordar,
Que solamente aquí podemos afirmar,

Que el señor, Nació, Murió, y Resucitó.
Porque es Castilleja y su Plaza
El único lugar,
Donde podemos atestiguar,
La verdad del Misterio Celestial.

Nuestra Madre de la Soledad da a luz en la Plaza a Nuestro Señor Jesús de los Remedios.

Y arropada por su pueblo guarda luto por la muerte de su Hijo.

Confiando en que cada año un milagro se realiza y el Señor Resucita.

Ser de la Plaza es tener el orgullo de testificar

LA GLORIA DE DIOS BENDITA.



LA PRIMERA TUNICA

En la vida de todo Cofrade hay momentos que quedan grabados a fuego en su corazón. Estampas de un álbum que deja para la posteridad recuerdos imborrables.

Uno de esos momentos que jamás se olvidan es el día en que por vez primera se enfunda La Túnica de Nazareno. Da lo mismo la hermandad a la que pertenezca, el hecho de enfundarse un hábito sagrado va a convertirse en algo muy especial. Jesús dijo «coge tu Cruz y sígueme». Cada vez que alguien repite ese hermoso acto de cubrirse el rostro con un antifaz, está haciendo realidad las palabras de nuestro Señor.

Jamás podré olvidar el momento en que por primera vez me vestí de Nazarena. Lo cierto es que en realidad yo me vestí de «Papona», que es como en mi Tierra se denomina a los Nazarenos. 18 primaveras a mis espaldas y un sueño que se hacía realidad. Por vez primera una Cofradía integrada únicamente por mujeres saldría a las calles de León. Sería un 16 de abril, Jueves Santo, cuando las puertas se abrieran y una marea negra y verde inundase los callejones del viejo León. Pero yo tuve el orgullo de vestir la Túnica ese Domingo de Ramos, representando a mi cofradía de María Del Dulce Nombre en la presidencia de la procesión del Señor de la Redención.

Nunca podré olvidar aquella sensación, nunca podré olvidar la emoción contenida de mí Madre cuando mi Padre con su túnica de la Redención y yo con la mía recién bendecida, salimos por la puerta de casa.

Nunca olvidaré la cara de orgullo de mi Padre cuando los dos juntos, entramos en el Patio de las Benedictinas; nunca podré olvidar los ojos de Susana compañera de junta y amiga fiel, que ese día compartía conmigo las mismas emociones.

Es un momento tan especial que nunca vuelve a producirse de la misma manera. Das gracias al Señor por permitirte acompañarle en su Estación de Penitencia, por permitirte compartir su sufrimiento, por permitirte sentir su sacrificio, por dejarte ser parte de su catequesis.

Pero si grande es la primera vez que uno se enfunda su túnica, mas grande es la primera vez que enfundas la túnica a tus hijos.

Nunca podré olvidar el Viernes Santo en que mi niña se vistió por primera vez con el blanco y el rojo de la Plaza; nunca olvidaré el brillo de sus ojos cuando por primera vez entro en la Iglesia de Santiago y su mirada se cruzó con los ojos de la Soledad; nunca olvidaré el temblor de sus manos cuando por primera vez agarró su cirio de cera blanca de la Señora, apretándolo con tanta fuerza como si tuviera miedo de que se le escapase de las manos.

Nunca olvidaré sus nervios cuando salió por la puerta y sus pequeños pies pisaron con firmeza los adoquines de la Plaza; nunca olvidaré su fortaleza y esas ganas de llegar a toda costa de vuelta a la Iglesia.

Los momentos especiales generan recuerdos y sentimientos especiales. Sentimientos que no se borran con facilidad de nuestros corazones y que van a ir formando las cuentas del particular rosario de nuestras vidas.

Por eso avivemos nuestros recuerdos. Miremos las caras entusiasmadas de los nuevos Nazarenos, para no olvidar nuestro entusiasmo primero; miremos las caras emocionadas de los que se enfundan por primera vez un costal del Señor o de la Reina, para recordar siempre cual fue el motivo de que un día nos colocásemos bajo las trabajaderas; miremos las caras de nuestros jóvenes músicos cuando el Águila vuelva a alzar el vuelo sobre nuestra Plaza, para no permitir que los errores vuelvan a repetirse jamás.

Miremos a los ojos del Señor de los Remedios y a los de su Madre la Soledad para no olvidar nunca que la emoción de vestir por primera vez su túnica, la produce el amor que ellos nos transmiten, el amor que sentimos por ellos.

Porque ellos son nuestra razón de ser y existir.

Son la razón de que todos y cada uno de nosotros seamos Hermanos de esta Hermandad, La **Hermandad de la Plaza**.

«A ELLAS»

Abuela ¿Dónde vamos?
Date prisa hija que no llegamos.

Si Abuela, pero dime ¿Dónde vamos?
Date prisa hija que el Señor nos está esperando

Cuantas veces se habrán pronunciado estas palabras en las casas de Castilleja; cuantas veces habrán acompañado las niñas a sus abuelas hasta la Parroquia de Santiago, cuantas veces las mujeres de este pueblo habrán unido a su prole ante los altares del Señor, de la Reina de Castilleja, o del Sagrado Corazón; cuantas veces las abuelas habrán llevado a sus niñas a poner flores y velas ante Dios Nuestro Señor.

Aquí como en todos los pueblos y ciudades de nuestra geografía una máxima se hace palpable. Las mujeres transmiten sus creencias a su descendencia, las mujeres mantienen viva la llama de la Fé, las mujeres consiguen que las tradiciones no se pierdan y se consoliden generación a generación.

Aquí como en la mayoría de las Hermandades, no solo de Sevilla, sino de toda España. Aquí como en León, nuestras Mayores estuvieron siempre excluidas de la participación activa en las Cofradías Penitenciales.

Aquí como en todas partes esa exclusión no fue impedimento para que su devoción creciera y creciera, ni tampoco para que su amor por el Señor de los Remedios o por su Madre la Soledad se viera mínimamente afectada.

Ellas siempre han promulgado a los cuatro vientos ese amor; Ellas siempre han estado dispuestas a realizar su labor; Ellas han limpiado incasables su Iglesia, han cosido y preparado entre lágrimas de emoción las túnicas de los suyos; ellas se han colgado al cuello su escapulario del Sagrado Corazón para recordar al mundo cual es su Pasión; Ellas son quienes nos ceden su legado; Ellas son quienes mantienen viva la llama

del amor de Dios; Ellas nos han enseñado a seguirle, ellas nos han enseñado como debemos transmitir esa fé a los suyos cuando ya no estén; Ellas son nuestro ejemplo; Ellas son nuestro camino.

Ellas son todo amor, todo compromiso, todo abnegación, todo sacrificio.

Ellas son como Ella. Ellas son como La Madre que todo lo aceptó con resignación. Ellas son como La Madre que le dijo al Señor «Hágase en mi según tu voluntad». Ellas son como la Madre que lloró en silencio por su hijo cuando no la veían, pero defendió valiente en público su Misión. Ellas son el reflejo de Ella.

Cuando te miro, Madre de la Soledad, veo en tu ojos sus ojos reflejados. Cuando beso tus manos, Soledad, veo sus manos encallecidas por el trabajo. Cuando te miro, Soledad, veo a mi Madre mirarme con tus ojos. Cuando te miro, Soledad, se que eres tu quien guía su camino.

Guárdalas Soledad,
Protégelas Soledad,
No permitas que nos quedemos sin Ellas,
No permitas que dejemos de verlas rezándole al Sagrado Corazón.
Porque Ellas son tú y tú eres Ellas.

Y Ellas son y serán TUS HIJAS Y TUS SIERVAS

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

Os voy a contar una historia. Es una historia en la que se entrelazan parte de realidad y una imaginación desbordada que me lleva a observar mí alrededor e intentar escudriñar, quienes son esas personas que me rodean y no conozco. (Algunos dirían que en realidad soy un poco cotilla)

Esta historia esta escrita desde el corazón, con un profundo cariño y respeto hacia todos aquellos seres anónimos que nos rodean, que siempre están ahí pero a los que nunca vemos. Que se han dejado la piel a tiras en la vida, pero nunca nadie se ha dado cuenta ni de que tan siquiera existían. Bueno nadie no.

Ella si

Ella siempre les ve,

Ella siempre les escucha,

Ella siempre les sonríe,

Ella siempre les reconforta,

Ella alivia sus pena,

Ella enjuga sus lágrimas,

Ella comparte esas sonrisas que nadie percibe.

Porque Ella su «Madre La Soledad», Ella es en el fondo lo que les mantiene vivos, lo que hace que el resto no importe, Ella es quien bombea sus corazones Soleanos.

Pues bien, como os digo, esta historia comienza a fraguarse en mi mente el primer día de unas «Jornaditas». Como siempre, aunque este mal decirlo públicamente, esperábamos fuera a que terminase la celebración de la Santa Misa. Poco a poco fue llenándose de gente la puerta de la Iglesia. Recuerdo que hacia frío, la verdad es que desde el 4 de diciembre mi sangre se había quedado helada para siempre. Llevaba unos 10 minutos charlando con el resto de los Placeños que allí se daban cita cuando mi curiosidad observadora, me llevo a posar los ojos en El.

Solo, calladito, todavía con su ropa de trabajo, y una bolsa de plástico enroscada en la mano, en la que daba la sensación de llevar guardada su vida. Un hombre ya entradito en años, muy poquita cosa, pero cuyos ojos desprendían una enorme bondad. Os puedo asegurar que aun recuerdo su mirada como si la hubiese visto ayer.

Terminó la Misa, todos nos fuimos aglomerando a la entrada para ver ese primer día de Belén, para contemplar el trabajo realizado por los Priostes y su equipo, para contemplar esa majestuosidad que tiene lugar cada Adviento en la Parroquia de Santiago. ¿TODOS? Todos No.

Aquel hombre en ropa de trabajo, esperó pacientemente a que la Iglesia se quedase lo más vacía posible. Apretaba con fuerza la bolsa, esa en la que yo me imagino que guardaba su vida, y allí en una esquina, como pidiendo perdón por existir, permaneció hasta que casi todo el mundo se había ido. Luego, despacito, como queriendo ser invisible, entro en la Iglesia, y sus ojos se perdieron en el Belén. El no se fijaba en el lentisco, ni donde estaba puesto «el Cuquilar», ni en San José, ni tan siquiera en el color del manto de la Virgen.

El solo buscaba sus ojos. El solo quería que ELLA le viese. El solo quería decirle:

«MADRE, AQUÍ ESTOY»;

«MADRE, QUE HE VENIDO»

«MADRE, NO ME ABANDONES»

«MADRE, TE NECESITO».

Día tras día, durante «Las Jornaditas», vi como se repetía la misma historia, y mi curiosidad empezó a volar ¿Quién es ese hombre? ¿Cuál ha sido su vida?

Pasan los meses y con La Cuaresma se repite el mismo ritual. Durante la celebración del Septenario, vuelven a reproducirse las mismas escenas que había contemplado a lo largo de Las Jornaditas.

El día del Besamanos de la Señora, mis ojos vuelven a encontrarle.

Con mi medalla recién colgada al cuello y mis niños de la mano, salgo de la Iglesia. La mañana es preciosa, el azahar inunda la Plaza y allí, en la esquinita, aparece ÉL. Se baja de una bicicleta de esas muy antiguas, me recuerda a mi Tío Pepe, con sus pantalones de tergal remangados en el tobillo y un jersey de lana de pico que deja ver la huella del paso de los años. Tímidamente se acerca a la puerta y dirige como siempre su mirada hacia ELLA, que a los pies del altar esperaba impaciente su visita.

No podía más, la curiosidad por saber quién era el misterioso Hermano de la Plaza hacia que mi imaginación se desbordara intentando inventarle vidas que, seguramente, nada tendrían que ver con la realidad.

Horas después, cuando comenzaba a caer la tarde, volví a entrar en la Iglesia. Quería estar un ratito sola con ELLA, quería volver a mirarle a los ojos frente a frente, quería sentirla cerca. Entre y allí estaba ÉL. Esta vez se había puesto sus mejores galas y no se escondía. Estaba prácticamente solo, sentado en el primer banco, con un traje gris de esos que huelen a naftalina. No pude resistir la tentación y me quede observándole un ratito. ¿Qué le estaría diciendo? Su mirada era blanca y pura. Se leía su pensamiento, se le desbordaba el Amor por los poros de la piel.

Entonces le pregunte a «mi Primo»: ¿Sabes quién es ese hombre que está sentado en el primer banco de la derecha? Mi curiosidad empezaba a verse satisfecha. Mira María, ese hombre fue Costalero de la Soledad, era el Costalero más pequeño que ha tenido la Señora, siempre iba con su taco de madera para poder llegar a la trabajadera.

A mí no me hacía falta saber nada más. Algo así tenía que ser. El se lo había dado todo a ELLA. El la había llevado sobre la Cerviz; El le había prestado su aliento, para dejar sin aliento las almas de los Placeños al pasar por el arco cada Viernes Santo; Él era uno de esos privilegiados que tienen como gran hazaña en su vida ser Costalero de la Virgen más hermosa. El la amaba. El la Ama.

Cada vez que la Hermandad lleva acabo alguno de sus cultos le busco y casi siempre lo encuentro escondido entre la multitud. En el Vía Crucis del Señor, lo más cerca posible de sus andas.

En la procesión del Viernes Santo, en cada esquina, tras el Palio, donde no se le vea mucho.

Ya no es ese Hermano de la Plaza sin nombre y sin historia. Para mi será siempre ese enamorado de la Soledad, ese que la busca cuando las penas ahogan su garganta; ese que la busca siempre que las alegrías explotan su corazón; ese que la busca en todo momento, porque Él ha sido su Costalero y cuando Ella lo decida subirá a los cielos y allí entrará, sin duda, a formar parte de ese grupo de elegidos que serán por siempre «SUS COSTALEROS CELESTIALES».

Mis palabras están llenas de cariño. Cariño y respeto hacia muchas personas que como mi «Hombre del traje gris», nunca abandonarán el anonimato. Esos muchos hermanos de la Plaza que la mayoría no conocemos; que nunca han formado parte de ninguna Junta; que nunca se han involucrado de forma directa en ninguna de las secciones de la Hermandad, pero que siempre están ahí. Que siempre se acercan a rezarle a la Soledad, que siempre se hincan de rodillas pidiéndole ayuda al Señor de los Remedios; que viven y sienten en «colorao» como cualquier buen placeño.

Esos para quienes el motor de su vida es Ella.

Porque **Ella es la luz.**

Ella es el consuelo.

Ellas es la estrella.

Ella es la Madre.

Ella es la Señora.

Ella es.....

¡La Reina de todos los corazones que laten en Castilleja!

A TI, COSTALERO.

Dime que se siente Costalero.

Dime que se siente Costalero, cuando tus pies son los suyos, cuando tu esfuerzo, es recompensa en Su caminar acompasado, cuando tu sudor enjuga Sus lágrimas, cuando tus mecidas le hacen descansar en Su sueño eterno.

Dime Costalero, que es lo que tú sientes cuando sobre tu cuello descansa todo el Amor de Dios, toda la Compasión de Su Madre.

Cuanta envidia, Costalero, siento al mirarte.

Cuanta envidia, Costalero, cuando te veo preparar la ropa con tanto esmero.

Cuanta envidia cuando suena el martillo.

Cuanta envidia cuando se escapa entre los faldones un suspiro, al recibir el peso de una levantá.

Cuanta envidia cuando escucho el raseo de tus zapatillas cruzando el empedrado de la Plaza.

Cuanta envidia cuando acercas al Arco sus varales y la emoción se desborda por verla de vuelta.

¡Si tu supieras, Costalero, cuantas veces he soñado con estar en tu piel!, ¡con poder ser yo quien sintiera el privilegio de portar en mi cerviz nuestros Sagrados Titulares!

Yo quisiera, Costalero, una «Chicotá» muy despacito, y llevar al Señor de los Remedios mientras las cornetas desgarran al cielo las notas de un Réquiem;

Costalero «menos paso quiero», que lleváis sobre los hombros dormido al Señor de Mis Remedios;

Costalero «mas lenta esa revirá», que aparece por la esquina de la carretera El Rey de esta Hermandad;

Costalero «esa levantá a pulso», que no se mueva una vela, que no se mueva un clavel, que Mi Cristo va dormido, que la muerte no ha podido con Él;

Costalero «ahí queó». El Señor está en su casa, La Plaza lo atestiguó, y el Domingo por la mañana, La Gloria lo despertó.

Yo también quisiera Costalero una «chicotá» al son de Campanilleros y contarle al mundo que he podido pasear a la Reina de los Cielos, a la Madre de Dios, a La Soledad Morena, Rosa de Castilleja;

Costalero «vámonos con ella al cielo» que se enteren en el Pueblo que la Dueña y Señora pasea ya por sus calles;

Costalero «no correr», que una Madre desolada va siguiendo despacito a su hijo adormecido;

Costalero «a ésta es» que los vivas de sus hijos son el único sustento a su dolor profundo.

Costalero, déjame enfundarme tu faja,

Costalero, déjame ponerme tu costal,

Costalero, déjame calzar tus zapatillas.

Poder salir a la Plaza bajo sus faldones.

Poder sentir en mis costillas sus dolores.

Poder soñar con sus mejillas.

Poder soñar con sus ojos tristes.

Poder aliviar su sufrimiento.....

Y poder sentir por una vez, que aun soñando, un día tuve el orgullo de ser Costalera del Hijo de Dios, Costalera de su Madre, Costalera al fin de Ti, Mi Señora, Mi Soledad.

TU MUSICA ES ORACION, SOLEDAD

Y la Plaza Señora viene a rezarte.

Y la Plaza Señora viene a adorarte.

Son tus Hijos Señora, los que ante ti vienen a postrarse.

Esta Plaza Señora, te reza cada Jueves.

Esta Plaza Señora, te reza cada Diciembre.

Esta Plaza Señora, te reza en silencio y te canta por Soleares.

La gente de la Plaza se acerca a la parroquia de Santiago a susurrarle a la Soledad sus oraciones en silencio. Cada uno de nosotros venimos a expresarle nuestras alegrías y nuestros sufrimientos; nuestros desvelos, nuestras tristezas y nuestras torpezas.

Los jóvenes le piden a La Soledad ayuda en sus estudios: «Madre que consiga aprobar mi examen»; Las madres consuelo para sus desvelos: «Que no les falte nada a sus polluelos»; Los mayores le piden sosiego en la atardecida de sus vidas.

Pero todas las plegarias tienen un denominador común en la Plaza. Si tus hijos Madre te rezan con el corazón, también con la garganta hacen oración.

Con cada sonido que sale de las voces de las Cantoras, se eleva al cielo de estrellas de las bóvedas de la parroquia una oración diferente.

Un Coro de Campanilleros, Señora, te reza cada diciembre llevando tu nombre, Soledad, grabado a fuego en cada una de sus canciones. Y en Julio, con el calor de la noche, protegidos por el manto de la Aurora que despunta en la festividad de Santiago propagan a los cuatro vientos:

«Vamos todos al Santo Rosario,
que de la parroquia de Santiago sale con fervor.
Vámonos a rezar una Salve,
a la Virgen María,
Divina Pastora en su Soledad».



Mientras, las hijas de la Plaza envueltas en volantes acompañan con su luz blanca y roja el discurrir del Simpecao, elevando al cielo con sus voces el Ave María más musical.

Cada placeño tiene alma de saetero y gustaría de cantarte «Soledad dame la mano» cuando asomas cada Viernes santo por las calles. Muchos se conforman con loarte con sus Vivas, con rezarte con piropos, con besarte con palabras celestiales:

«Viva Nuestra Señora de la Soledad,
Viva la que no necesita carreteras,
Porque tiene una Plaza,
Que vale más que cien coronas reales»

Y te siguen cantando, Señora, cada vez que se reúnen en tu casa, no hace falta más que una guitarra para que el corazón del soleano se altere y te componga versos, y te cante por sevillanas como a la más bella de las Mujeres:

«Si un día no puedo llevarte,
Llévame contigo al cielo.
Que ya no podre mirarte,
Ni seré tu costalero,
Que me quede el Viernes Santo,
Al son de campanilleros.
De Plata,
Que brillen los candelabros,
Como si fueran luceros,
Cuando pasas por el Arco,
Reina y Madre de los cielos.»

Cuanto amor, Señora te profesan tus hijos, cuanto sentimiento contenido cada vez que se acercan a mirarte. Cuantas emociones, cuantas oraciones cuando suena allá donde fuere «Soledad Rosa de Castilleja», y una banda convierte en música las palabras divinas que tus hijos te dedican:

«Flor divina,
Tú del valle del cielo,
Palma esbelta,
del mismo Edén.

Tú eres Faro
de luz que nos guía,
Manantial sempiterno de bien.

Tú la excelsa patrona que mora
en el pecho del pobre mortal.

Tú la reina del cielo Señora,
de hermosura y belleza sin par».

«Eres faro de luz refulgente,
Virgen Madre de la Soledad,
que iluminas a todos tus hijos,
a que puedan la gloria alcanzar»





AL SEÑOR DE LOS REMEDIOS

Cuando alguien entra por vez primera en la Capilla del Señor de los Remedios, siente como un escalofrío le recorre todo su cuerpo.

Bajo la atenta mirada del Calvario en su urna dorada descansa todo EL AMOR de Dios.

Cuanta serenidad infundes mi Señor, cuanta tranquilidad desprenden Tus Ojos a punto de cerrarse.

El último aliento quiere escaparse entre Tus Labios, pero la fuerza y el Amor de tus Hijos no dejan que lo exhales para siempre.

Tú, mi Señor de los Remedios, ¡que acierto tuvo quien te bautizase!

Tú eres el Remedio para las penas de los Placeños;

Tú eres el Remedio de los que aquí se acercan buscando consuelo;

Tú eres el Remedio de mis llantos y mis dolores, de mis anhelos y mis desvelos.

¿Quién dijo que el Señor había muerto? ¿Quién dijo que el Señor de los Remedios estaba muerto?

Cuando miras a los ojos al Señor con los ojos de un niño, todo es más claro. ¿No lo ves Mamá? El Señor no está muerto. El Señor, solo está dormido.

Y por eso tus hijos, Padre mío, te han hecho una cama de oro, y con suaves marchas rojas y blancas, las cornetas y los tambores de la Plaza, te acunan mientras al mundo proclaman que no has muerto, que solo te has quedado dormido.

Remedios de mis Remedios, cuanto amor te profesan los que con terciopelo negro acompañan tus pasos por las calles de Castilleja.

Remedios de mis Remedios, cuantos suspiros se escapan, cuantos rezos cuando te acercas a la esquina del convento y los cipreses del recuerdo se iluminan con la luz de tu cera.

Remedios de mis Remedios, cuanta serenidad desprendes al contemplarte, cuanto has sufrido Señor, para darnos el remedio suplicado.

Remedios de mis Remedios, cuánto gozo se desborda en La Plaza cuando el Domingo por la mañana despiertas de tu sueño eterno.

Por nosotros te entregaste al sufrimiento,

Por nosotros padeciste el tormento.

Y nosotros por ti cubrimos de negro nuestros rostros,

Y nosotros por ti, miramos con fervor el rostro de tu dolor en las manos de Verónica,

Y nosotros por ti nos abrazamos a la Fe,

Y nosotros por ti haremos montes de lirios en tu cama,

Y nosotros por ti rezaremos Viacrucis en las noches de primavera,

Y nosotros por ti gritaremos en la carretera que ese gran poder que tiene el Señor, no es otro que el de dormir el sueño eterno por nosotros sus hijos, los hijos de La Plaza.

Por eso tú te convertiste en el Remedio de nuestros pesares, en la devoción de un pueblo que grita a los cuatro vientos, que no hay más Señor que el que aquí habita.

Que el señor duerme en la Plaza.

Que no hay más Señor en Castilleja que Tú,

¡Mi Señor de los Remedios!

SIEMPRE TÚ SOLEDAD

Una Rosa floreció y en Castilleja se quedó.

Tus mejillas sonrosadas, te hacen parecer más bella aún si cabe.

Madre mía de la Soledad, cuanto amor con solo mirarte, percibe el que aquí viene a rezarte.

Cuando cierro los ojos, aflora en mi mente una imagen recurrente. Tú en la capilla del Sagrado Corazón, esperando que tus hijos terminaran de colocar el lentisco en tu camino hacia Belén. Yo, con el corazón encogido por el dolor, me acerque a ti. Solo me hizo falta mirarte un instante. No sé muy bien explicar lo que allí sucedió; solo sé que un enorme sosiego inundó mi alma, y cuatro palabras comenzaron a resonar en mi mente: «Yo cuidaré de ella».

Es posible, que todo fuera la tremenda necesidad de sentir que estaba en un lugar mejor, la que hiciese que yo misma generase ese pensamiento. Puede ser, no lo sé, pero desde aquél momento cada vez que te miro a los ojos Madre mía, se que todo es como debe de ser.

Soledad, tus hijos cantan que eres la rosa más hermosa y es verdad.

Soledad, ¿como puede una «Forastera» explicar que con solo soñarte todo su ser se estremece?

Soledad, yo quisiera poder contarle al mundo, que Tú tienes vida propia, que eres más que la madera con la que te tallaron; que eres más que los encajes con los que te vistieron.

Como explicar Soledad, que eres la más tierna de las Vírgenes Expectantes, cuando caminas con San José, con tu vientre florecido.

Como explicar Soledad, que tu cara se inunda con una profunda sonrisa cuando, el velo se retira y muestras orgullosa el fruto de tus entrañas.

Como explicar Soledad, que eres la más delicada de las Vírgenes Sedentes, cuando cada 6 de diciembre presentas en el templo a «Tu Chiquito» entre las manos.

Como explicar Soledad, que no hay Virgen más Dolorosa, que tus ojos ya no pueden derramar más lágrimas porque sus cuencas se han quedado secas de tanto sufrimiento por tu hijo torturado y enclavado.

Como explicar Soledad, que no hay Virgen más Gloriosa que la que el Domingo da la vuelta para recordarle al mundo que solo su hijo a vencido a la Muerte.

No soy poeta Soledad, y mis letras no pueden escribirte versos que a los corazones estremezcan.

No soy cantora Soledad, y no puedo desgarrarme la voz para elevarte una oración.

Yo solo puedo Soledad, contar a quien me quiera escuchar, que un día una rosa brotó en un rosal que había en la Plaza de un pueblo llamado Castilleja de la Cuesta. Y esa Rosa fue la más hermosa flor que nadie pudo contemplar. Y los Placeños desde entonces vivieron solo para adorarla.

Y le hicieron un altar con varales de Plata y terciopelo rojo.

La sacaron a pasear cada Viernes Santo por las calles, para que nadie olvidase que solo hay una Reina en pueblo.

Con la Grandiosa la coronaron, que no hacen falta mitras ni birretes, que no hay coronación mas canónica que la que un pueblo entero proclama.

La cubrieron de cera blanca y cambiaron con esfuerzo la alpaca por la plata.

No hay Rosa más hermosa que Tu Soledad.

Tú eres, Soledad, la sangre colorá que bombea mi corazón.

Tú eres, Soledad, quien me convirtió.

Yo por ti, Soledad, dejé de ser «Papona», para convertirme en «Placeña».

Nunca olvidaré los ojos verdes de mi Dulce Nombre, pero ahora solo vivo por tus ojos negros.

Nunca olvidaré las manos de mi Dulce Nombre, esas que tantas veces estuvieron en mis manos, pero ahora solo sueño con besar tus manos cada final de Septenario.

Nunca olvidaré un fajín de negro luto que por mi padre ceñí en la cintura de mi Dulce Nombre, pero ahora solo veo tu cintura ceñida de Generala.

Soledad, mira hoy aquí a tus hijos los Hermanos de la Plaza.

Soledad, mira sus rostros, mientras pronuncio estas palabras.

Soledad, solo hacia ti dirigen sus miradas.

Soledad, nadie de ti puede apartarse.

Soledad, todos ante ti vienen a postrarse.

Soledad, tus hijos vienen a rezarte.

Por que eres Tu Soledad,

la Flor que Dios un día plantó,

y en Rosa se convirtió.

La Rosa más hermosa que el hombre contempló.

Por eso Dios, como Madre, nos la entregó.

Y así sin dudarlo puedo afirmar,
que solo Tú eres Soledad, «La esencia del amor de Dios».
Solo Tú eres Soledad, Reina y Madre de Castilleja.

Por Ti, Soledad, somos hermanos de La Plaza.
Por Ti Soledad, moriremos siendo hermanos de la Plaza.

Porque hoy se que solo hay una Verdad:

«Quien ha sido Placeño, allá donde esté siempre será un Placeño».

HE DICHO